

Gloria, honor y acción de  
gracias al sacratísimo Corazón de Jesús, á  
María S<sup>ta</sup>. de Guadalupe y al Señor. S. José.

Geminé esta obra, con el  
favor divino el lunes 31 de Agosto,  
faltando 10 minutos para  
las cuatro de la tarde.

Parroquia del Señor S. José.  
lunes 31 de Agosto de 1896.

<sup>Creto.</sup>  
~~Emilio Valverde Félix~~

## Apéndice 2.<sup>o</sup>

Discursos pronunciados en la Cate=  
dral de México, el 30 de Abril del  
corriente año de 1896, con motivo de la  
erección de la nueva Pontificia Uni=  
versidad Mexicana

### Advertencia.

En el libro I, cap. V, párrafo  
VI, de estas Apuntaciones, dimos al=  
gunos detalles acerca de la solemne  
inauguración de la nueva Universi=  
dad; singular acontecimiento que  
nos ha proporcionado grande entu=  
siasmo; porque vemos prepararse  
brillante porvenir á nuestros estudios  
y, por consecuencia, á la filosofía.  
Allí también indicamos algo sobre  
los discursos que se pronunciaron  
en el acto de la erección.

No parece extraño que los in=  
sertemos aquí. Seis meses han trans=  
currido ya, y sin embargo, no se han  
publicado: nuevos y no nuevos  
importantes sucesos, como el Con=  
cilio Provincial, van absorbiendo  
la atención pública; por esto temí=  
amos que las composiciones se  
perdieran, y nos apresuramos á  
recogerlas y á darlas á la estampa.



3.

Discurso  
de inauguración por el Sr. Pbro. Dr.  
D. Manuel Solé.

Ilmos. y Rmos. Señores (1),  
M. J. y Vble. Cabildo,  
M. J. Claustro Universitario,  
Señores:

Ninguno más obligado que yo á levantar la voz en medio de esta gran solemnidad y de tan selecto concurso. "No soy Doctor (podía decir ayer); no soy Doctor; y el Claustro Universitario recibe-me en su seno benivolamente, previa habilitación recabada de la Santa Sede Apostólica, sin más razón para ello que la sin par diferencia de sus ilustres miembros, y quizás, quizás el haber yo encambrado en los ejercicios de las aulas." Para daros público testimonio de esta deuda de impercudera gratitud, oh mis colegas nobilísimos, ninguna ocasión como la presente, en que con tanta pompa y júbilo celebramos, bajo la presidencia de Ilmos. y Rmos. Prelados y del M. J. y Venerable Cabildo Metropolitano, y en compañía de tantos otros preclarísimos varones, la inauguración de la nueva Universidad Mexicana. Y sube de punto el agradecimiento, al considerar que habiendo de elegir, por falta de Accano efectivo, un Presidente para el Instituto, en mi nueva mente fijáronse los ojos de vuestra hidalguía; y tornáronse luego á fijar



en mí, para seguirme vuestro Vicecan-  
celario. Gracias, pues, una y mil ve-  
ces, oh mis amados compatriotas; gra-  
cias á ti especialmente, oh varón es-  
clarecido, (2) principal motor de todas  
estas inmerecidas atenciones; y gra-  
cias, gracias muy rendidas á la Santa  
Sede Romana, que tan condescendien-  
te se ha mostrado con vuestros votos  
y designios.

## I.

Señores, remontase el espíritu, an-  
te el espectáculo de esta solemnidad, á  
de literaria efervescencia, en que ver-  
daderamente despoblábase la tierra me-  
xicana (nos dicen los contemporáneos)  
por enviar á sus hijos á cursar, en  
las aulas europeas. No bastando á sa-  
ciar la ardorosa sed de saber, las frías  
linfas de S. Juan de Letrán y de Santa  
Cruz de Tlaltlilco; los hijos de familias  
acaudaladas eran, si, enviados á Espa-  
ña; mas los no pudientes veíanse en  
la imposibilidad de dar vuelo á las  
variadas aptitudes de sus ingenios (3).  
Memorables días aquellos para el  
porvenir de las letras mexicanas! Ape-  
nas transcurridos cinco lustros desde  
la toma y posesión de la gran Tenox-  
títlán, letrados, mercaderes, prelados,  
el virrey, la Corte toda, recuérvense á pe-  
dir al Rey de España "una Universidad  
de todas ciencias" (son palabras de la  
instancia transmitida por el primer vi-  
rey D. Antonio de Mendoza) — "una Uni-  
versidad de todas ciencias, donde los

naturales y los hijos de los españoles  
fuesen industriados en las cosas de nuestra  
santa fe católica y en las demás facul-  
tades." (4) Y no creáis que era un estudio  
cualquiera el que pedían al Rey los na-  
turales y colonos de la Nueva España: pe-  
dían un estudio modelado en todo se-  
gún el famoso de la Universidad de Sala-  
manca — de la Universidad de Sala-  
manca, cuya fundación perdíase en  
las sombras de la Edad Media (5), y que  
al promediar el siglo XVI, veía fulgu-  
rar en su cielo a otros de primera mag-  
nitud como Francisco Vitoria, Melchior  
Cano, Domingo Soto, Pedro Soto, Barto-  
lomé Medina, Domingo Báñez, Francisco  
Suarez, Fr. Luis de León, Francisco Rivera,  
Antonio Agustín, Diego de Covarrubias  
y otros ciento (6). Era tanta la impacien-  
cia de la ciudad por ver establecidos los  
nuevos estudios, aún antes de que se des-  
pachara la petición en la corte del Rey  
de España, que el virrey Mendoza, hubo de  
circular maestros y dotar cátedras (7),  
destinadas á ser unos y otras, el prin-  
cipio y fundamento de la futura Univer-  
sidad. Quedó esta, por fin, autorizada  
por Real cédula, de 21 de sept. de 1551 (8)  
que expidió el príncipe D. Felipe, á la sa-  
zón Gobernador del Reino por autoridad  
del señor su padre, el Emperador Car-  
los V, y más tarde heredero de la Coro-  
na con el conocidísimo nombre de  
Rey Don Felipe II. Ya en esta fecha, ha-  
bía sucedido á D. Antonio de Mendoza,  
en el virreinato de la Nueva España,



D. Luis de Velasco; á quien cupo la honra y satisfacción de dar lleno á los votos de los mexicanos, ejecutando el Real decreto de fundación de la Universidad con "Todos los privilegios, franquizas, libertades y exenciones (excepto la jurisdiccional) que tenía y gozaba la Universidad de Salamanca." (9)

¡Cuán otros, señores, aquellos tiempos! Era el 25 de Enero de 1553, fiesta de la Conversión del Apóstol S. Pablo, y día destinado á la solemne inauguración de la Real Universidad de estudios generales en el sumptuoso palacio ya de antemano erigido á las ciencas y á las letras. Reunieronse en la iglesia del dicho Apóstol, por disposición del Virrey, los oidores y cuantos en México violan con sus grados al estudio. De allí, celebrada muy solemne misa, partió el literario pasaje. Marchaban por delante los catedráticos, sujetos todos ellos de gran saber y autoridad: iban á continuación los literatos más distinguidos de esta Corte: y cerraban el cortejo los tribunales, el Ayuntamiento y la Audiencia. Así llegaron al edificio universitario, por entre inmenso gentío que habiase agolpado á las calles del tránsito. Pronunciada la oración inaugural por uno de los Doctores, declaróse abierto al público aquel santuario de las ciencas (10). "Las cátedras, impero, no se abrieron en un mismo día, sino una en pos de otra; pues el Virrey y la Audiencia, para honrar las letras, quisieron asistir á la primera

lección de cada clase. No fue preciso traer de España maestros que ocupasen las cátedras, pues aquí se hallaron todos. Los oidores Rodríguez de Lusaada, y Santillán, obtuvieron los cargos respectivamente de Rector y Maestrescuelas: la cátedra de Teología fr. Pedro de Peña, dominico (11) reemplazado á poco por el omniscio D. Juan Negrete, maestro en Artes por la Universidad de París y arcediano de la Metropolitana; el insigne agustino fr. Alonso de la Veracruz obtuvo la de Sagrada Escritura y después la de Teología Escolástica; el Sr. Morones, fiscal de la Audiencia, ocupó la de Cánones; el Sr. Melgarejo desempeñó poco tiempo la de Secreto, y le sucedió el Sr. Arivaldo Sedeno, que vino de Provisor con el Sr. Montufar; la de Jurisprudencia y Leyes se dio al Sr. Frías de Albornoz, discípulo del antes mencionado gran jurisconsulto D. Diego de Covarrubias, en la de Artes insertó el canónigo D. Juan García; Cervantes de Salazar, famoso por sus Dialogos Latinos, y que más tarde se graduó de Doctor en Teología en la misma Universidad, entró en la de Retórica; y en la de Gramática fue colocado el Sr. Plas de Bustamante, incansable institutor de la juventud. Abiertas así las puertas de la Universidad, entró por ellas numerosa falange, ansiosa de proseguir ó principiar sus estudios. Pronto comenzaron los ejercicios escolares; y era de ver el ardor de los alumnos en las disputas escolásticas, á que se



8  
lamente la noche ponía término. Los Doctores ya existentes se apresuraron á incorporarse en el nuevo Claustro: entre otros, el Sr. Arzobispo Montifari, (12). De sus aulas salieron muchos discípulos para maestros, ó bien para ocupar altos puestos de la Iglesia y del Estado en América, Europa y Asia. Hasta el año de 1775, esto es, en el espacio de 222 años, habianse graduado en la Universidad Mexicana 29,882 bachilleres con 1162 Doctores y Maestros. Del noble seno de esta Alma Mater habian salido, hasta la citada fecha, 84 obispos y arzobispos, y muchos togados que brillaron por su saber, en las Reales Audiencias de esta propia ciudad, de Guadalupe, Guatemala, Sto. Domingo y Manila, y hasta en los supremos consejos de Castilla y de Indias. Algún vez aconteció ser todos hijos suyos, así el Arzobispo de esta Provincia, como los Magistrados de la Real Audiencia. Los Prebendados, Canónigos y Dignidades de Venerables Cabildos; los Inquisidores, Consultores y Calificadores en el Sto. Tribunal de la fe; los Vicarios generales y jueces eclesiásticos; los Prelados y Lectores de Ordenes Religiosas; los catedráticos de Universidad en América y en Europa; y otros sujetos ilustres, salidos todos de nuestras aulas universitarias, eran ya innumerables en aquella fecha (13).

Hoy ¿qui podemos prometer nosotros, los llamados á ser el fundamento de esta nueva institución universitaria? ¡Ah!

9  
la primera Universidad Mexicana, hija de la Salmaticense, noble y férvida fue como su madre: qualis mater talis filia. Quizás no tanto en el entusiasmo ardoroso de los hijos de la colonia y de la tierra, no tanto en el aventajado ingenio de los primeros maestros, no tanto en el favor y protección de los Magnates de la Iglesia y del Estado, cuanto en ser hija de la Universidad de Salamanca, uno de los cuatro estudios generales del mundo según declaración del Papa Alejandro IV en 1255 (14). Pudo cifrar la Real Universidad de México, en sus comienzos, la esperanza de los ópinos frutos que en poco más de dos siglos había de producir. ¿Será permitido á la Pontificia que hoy solemniza su inauguración, alardear de títulos solariegos no menos ilustres?

Es hija nuestra Universidad de la Gregoriana, establecida en la ciudad eterna. De ella proceden mis colegas, destinados á darle esplendor y renombre; y de ella vendrán principalmente los que hayan de llenar las vacantes: de ella llega hasta nosotros la enseñanza, así oral, como escrita; y conforme á su disciplina, mutatis mutandis, habrá de ser la disciplina que por rija y gobierne. ¿Somos hijos de la Universidad Gregoriana! ¿Sabéis su historia? ¿conocéis la abundancia de frutos por ella derramados en el mundo de las inteligencias? Os lo referiré todo en breves palabras.

La Universidad Gregoriana, á cargo de los PP. Jesuitas del Colegio Romano, fue fun-



10  
dada en el año de 1582 por la munificencia del Papa Gregorio XIII. De sus aulas salieron S. Luis Gonzaga, S. Juan Berchmans, S. Camilo de Lelis, S. Leonardo de Porto Maurizio, y otros muchos Beatos y Venerables. Pero junto con estos santos salieron también de la Gregoriana, Papas, Cardenales, Prelados e insignes profesores y hombres de ciencia. De ella salieron Gregorio XV, Urbano VIII, Inocencio X, Clemente IX, Clemente X, Inocencio XII, Clemente XI, Inocencio XIII, Clemente XII, y el Romano Pontífice reinante el gran Leon XIII. En cuanto a los cardenales, arzobispos y obispos que frecuentaron las aulas Gregorianas, apenas cabe reducirlos a número: bastará saber que entre los actuales Purpurados cuenta como a alumnos suyos a los Emisinos, Mónaco, Oreglia, Rampolla, Parochi, Vannutelli Gerasim, Vannutelli Vicente, Di Rende, Macchi, Verga y Steinhuber. De los numerosos Profesores que a vuelta de los años fueron sucediéndose en las cátedras de aquella Universidad, víronse muchos encumbrados al honor de la Púrpura; uno de ellos, el Cardinal Mazzella, actual Prefecto de la Congregación de Estudios, que ha autorizado la erección de la academia muestra, sin hablar de Bellarmino, Suarez, Folonrei, Franzelin, Tarquini y tantos otros. No es menos selecta la pléyade de literatos y hombres de ciencia, que formaron parte del cuerpo docente de la Gregoriana, tales como Pallavicino, Bartoli, Ségneri, Morcelli, Angelini, Tongiorgi, Pianciani,

- 11 -  
Secchi, Antonio Ballerini y otros muchos. Hoy hallase la Universidad rebosando vida bajo los paternales auspicios de Leon XIII. Los alumnos en ella matriculados para el presente año de 1896, pasan de mil: 624 en Teología, 338 en filosofía, y 65 en derecho canónico. Y lo que le da carácter de Universidad verdaderamente internacional, es la varia procedencia de esos alumnos, pertenecientes a 24 países distintos; a Italia, a España, a Portugal, a Francia, a Inglaterra, a Holanda, a Escocia, a Bélgica con el Luxemburgo, a Holanda, a Alemania, a Polonia, a Rusia, a Hungría, a Bohemia, a la Eslovania, a la Croacia, a la Dalmacia, al Austria, a Suiza, al Africa, a la América latina, a la América sajona, y a la Australia. Concurren a ella escuelas de 39 comunidades religiosas y de 17 colegios y seminarios, esto es, de la Noble Academia Eclesiástica, de los Canónigos Regulares Lateranenses, de los Benedictinos, de los Premostratenses, de los Cistercienses, de los Camaldulenses, de los Silvestrinos, de los Olivetanos, de los Trinitarios italianos y españoles, de los Carmelitas, de los Rosminianos y Agustinos de la Asunción, de los Convencionales, de los Terzanos de S. Francisco, de los Mercedarios, de los Miniminos, de los Somascos, los Bene-Fratelli, de los Jesuitas, de los Filipenses, de los Clerigos regulares de la Madre de Dios, de los Terzanos de la Misión, de la Pia Sociedad de las Misiones, de los Oblatos de María, de los Dottrinari, de los Socios marianos, de los Eudistas, de los Resurreccionistas,



de los Sulpicianos, de los Hermanos de S. Vicente di' Paoli, de S. Francisco de Sales, de Lourdes, del Divino Salvador; como también de los Colegios germano-húngaro, de S. José, Pio-Latino-Airuvicano, Capitanico, Angelo Mai, inglés, escocés, francés, belga, polaco, milanés, español, canadiense y tentónico. (15).

Ya veis, pues, si es noble, ilustre y venerable nuestro abuelo; y cuánto nos toca trabajar para presentarnos ante el mundo como hijos de tan benemérita Alma Mater.

## II.

Mas ya oigo al espíritu del siglo, que se nos viene diciendo: ¡fútil institución! ¡estéril campo en que se han de cultivar las ciencias eclesiásticas exclusivamente! Ningún progreso reportará la sociedad de los estudios que ahí se emprendan. Lo positivo, lo que han marchar al hombre por las vías del progreso, es el estudio de la naturaleza... y el de las matemáticas que en la naturaleza se encarnan.

Nosotros, señores, no venimos a oponernos al estudio de la naturaleza, ni a rebajar un punto de su carácter de utilitarlo al par que noble. Lejos de eso, sin ser tal estudio el objeto directo de nuestras académicas labores, no podemos menos de estimularlo en razón de sus numerosas relaciones con los estudios eclesiásticos, ni podemos menos, de entablar con él por igual motivo, generoso trato de amistad y confianza.

Pero hecha esta salvedad, decid-

me, señores, si es cierto que son ya socialmente inútiles, en los tiempos que corren, los estudios ecles; si es ya la Iglesia un factor sobrante en la constitución real de las modernas sociedades; si ya el espíritu del hombre en general, está completamente divorciado del espíritu de la Iglesia. Mientras así no sea, mientras se vea a los pueblos concurrir en masa a nuestras festividades, mientras se vea a nuestros sacerdotes bendecir el santuario del hogar, así al constituirse como al acrecentarse, mientras las madres siguen con la cruz la frente de sus pequeños; no, no está proscrita la Iglesia del seno de nuestras sociedades; no, no son socialmente inútiles los estudios ecles, flor y fruto de la Iglesia.

Con todo, me expuse mal, al decir que no es objeto directo de nuestro instituto estudiar la naturaleza; porque lo es también real y verdaderamente, siquier no lo sea sino en parte. — Señores, el gran vicio de las ciencias modernas no está en el método que siguen en sus estudios — método de observación y experimento, bajo la dirección o con el auxilio del edulco. Este es precisamente el método propio de esas ciencias; de tal suerte, que no hacen sino desbarbar, si alguna vez lo abandonan, y empujándose a él escrupulosamente, han llegado a la altura que asombra y desbarba al espíritu humano. El gran vicio de las ciencias modernas está en su exclusivismo: exclusivismo de criterio, y exclusivismo de saber. Ciertamente si no hubiese más criterio que el de la



experimentación para el conocimiento de la verdad positiva, real, concreta, no podría conocerse como tal verdad, ninguna que al alcance de ese criterio se sustrajera; cierto que no quedaría entonces más campo al saber humano, que el acotado por las ciencias modernas: el campo de la materia y sus vibraciones, con las infinitas actitudes correspondientes. Entonces, no hay remedio, es el pensamiento, como vosotros decís, producto de la sola materia vibrante. A decirlo, no os autoriza la observación, no os autoriza el experimento: observación y experimento no establecen sino relación de subordinada correspondencia entre el pensamiento y cierta manera (que ignorais) de la materia vibrante; y vosotros, desertando las banderas de la observación y el experimento, de esa relación de subordinada correspondencia, positivamente comprobada, inferís, con menguada lógica, relación de ademanada causalidad, presentándonos la materia vibrante como sujeta del pensamiento.

¡Oh, señores; el saber moderno, con el exclusivismo y el falseamiento de su criterio, por una parte mutila la naturaleza, y por otra la adultera. Por fortuna vive, para protestar contra tamaña aberración y corregirla, la filosofía cristiana: la filosofía cristiana cuyo estudio está encomendado también de un modo especial a nuestro instituto.

Ya veis, pues, cómo queda lugar para nosotros en el vastísimo campo de la

naturaleza; ya veis, pues, cómo en el podemos trabajar al par de vosotros, con provecho directo para la ciencia, y con provecho indirecto para la sociedad.

¡Ni para aquí la adulteración de la naturaleza por la ciencia moderna. En alas del telescopio y en alas del microscopio ha recorrido, en todas direcciones, los dos mundos del infinito cósmico y del infinito molecular. ¿Quié han hallado dondequiera sus observaciones y sus experimentos? Una sola cosa: materia vibrante por maneras infinitas. De aquí no pasa la observación, ni pasa tampoco el experimento. Tampoco debería pasar la ciencia, una vez que no reconozca más criterio de verdad que la observación y el experimento dirigidos o auxiliados por el cálculo. Contentárase ella con la modestia de esta investigación, contentárase con el desairado papel de agnóstica; nada fendiría yo ahora que echar un cara a la ciencia moderna. Pero no; que tripándose al trípode de los oráculos, declara en tono metafísico: "Esto es lo único real y verdadero; esto es lo único que ha habido siempre; esto es lo único que habrá eternamente." Por donde, del simple hecho de no encontrarse sino materia vibrante en el fondo de toda actuación de la naturaleza sensible, saca la consecuencia, por modo lógico peregrino, de no tener principio ni fin la materia vibrante, de existir eternamente por razón de su propio ser, de no ser obra de un Dios